

## CAPÍTULO UNO

# Vivi

Supé que me había enamorado de Verona Cove desde el primer día, pero esperé hasta el séptimo para comprometerme. Después de una semana aquí, grabaré mi nombre en el árbol que está en el centro del pueblo. Clavar una navaja de bolsillo en el tronco es mucho más difícil de lo que imaginarían. Escribir catorce letras me ha tomado horas, o al menos así se ha sentido. Por fortuna, nadie patrulla Irving Park —ni ningún otro lugar, siendo sincera— antes de que amanezca. Estoy bastante segura de que el peor crimen que se ha cometido en Verona Park ha sido dejar caer un pañuelo en la calle. Apuesto a que quien lo dejó caer intentó perseguirlo, pero el viento lo arrastró y, con el tiempo, en algún lugar, el pañuelo se convirtió en basura.

Además, creo que disfrutaría realmente que alguien me descubriera, lo cual es obvio dado, que me incriminé con esas líneas desiguales que quedarán grabadas en un árbol más viejo que cualquiera de las 3 051 personas de este pueblo: «Vivi estuvo aquí».

Cuando termino, le doy una palmada a mi obra porque, bueno, sí, soy una vándala de la naturaleza, pero este es un crimen pasional. Sé

que al parque no le molesta, porque sabe que me encanta estar aquí, y hasta sospecho que el pasto bien cortado y las bancas publicitarias perciben mi afecto.

Tomo el sendero para salir del parque y hasta ese momento me doy cuenta de que estoy mucho más atrasada de lo habitual. El sol matutino ha cruzado la línea del horizonte y empieza a proyectar las sombras de las hojas como si fueran encaje en la acera. En cada centímetro del pueblo estallan flores de todos colores: rosas fucsia que suben como enredadera por celosías de madera y campanitas chinas que resplandecen como fuegos artificiales amarillos. Mientras avanzo por la acera, los árboles se van desnudando por encima de mi cabeza y dejan caer pétalos rosa pálido como en un lento *striptease*.

Por eso quiero quedarme aquí para siempre, no solo por el verano. Hasta ahora, mi argumento frente a mi mamá es que Verona Cove hace que Hawái parezca una pila de basura flotante. Digo, técnicamente nunca he ido a Hawái, pero he visto fotos. Verona Cove es un diminuto pueblo costero que cualquiera esperaría encontrar en las costas de Massachusetts o de Carolina del Norte, pero en vez de eso, está agazapado en una pequeña muesca de la espalda curvada de California. He vivido en varios pueblos, así que créanme cuando les digo que Verona Cove no es como ellos. Es una combinación entre Mayberry con los bosques tropicales de Shangri-La. Cada detalle es tan perfecto que pareciera un *set* de filmación y me dan ganas de acariciar las celosías pintadas, los buzones antiguos y las farolas que brillan como filas de lunas blancas. Todo está limpio, pero no en exceso, como si cada centímetro del lugar fuera habitado con amor.

El distrito comercial es una cuadrícula de tres por tres y Main Street es la línea central. Cada mañana paso por un hermoso restaurante de ladrillos, una ferretería local y una librería. El local al que me dirijo está marcado por un pizarrón con caballete que anuncia el mendero Betty's escrito con gis con una caligrafía preciosa. Abajo, en letra de molde rosa, dice: «Votado como Mejor Restaurante en el *Daily Gazette*», seguido de los especiales del desayuno y el almuerzo. La cafetería Cove Coffee despliega un certificado similar en su ventana: «Votada como Mejor Cafetería en el *Daily Gazette*». Solo hay una de cada cosa en este pueblo —una farmacia, una tienda de comestibles, una

## Quando nos encontramos

tienda de productos de arte—, por lo que cada una es la mejor por definición, pero me encanta que la gente del pueblo se tome el tiempo de honrar cada una de sus contribuciones.

Cuando entro al merendero, la campanilla de la entrada tintinea, y me recibe el delicioso aroma a jarabe de maple, café y chorizo. He venido aquí cada una de las siete mañanas, pues no hay ningún otro lugar al cual ir a esta hora y la emoción de estar en un lugar nuevo me despierta temprano a diario.

Dado que llego más tarde de lo habitual, Betty's está a reventar de octogenarios; por encima de los respaldos de los gabinetes de vinil azul se alzan cabecillas blancas que parecen nubes.

Betty misma está detrás de la caja registradora, apretando botones. —Ay, hola, corazón de melón. Dame un segundo.

Creo que Betty tiene palabras como «cariñito», «muñeca» y «bombón» grabadas en las caras de un par de dados en su cabeza. Al interactuar con cada cliente, lanza uno o ambos dados para obtener una palabra o una combinación distinta: «muñeca de durazno», «corazón bombón», «cariñito azucarado». Me encanta descifrar cuál me dirá cada día. El apelativo cariñoso es como una galleta de la fortuna de mi restaurante de comida china favorito; no voy ahí por eso, pero le da un toque de dulzura a la experiencia.

Betty se asoma por detrás del mostrador y examina el merendero sobrepoblado.

—Tal vez tarde un minutito en desocuparse una mesa.

Pero yo ya ubiqué mi lugar: junto a un hombre mayor que trae puesto un suéter delgado.

—No te preocupes. Me sentaré con el oficial Hayashi.

Betty me mira como si acabara de decir: «Iré a domar al tigre salvaje y haré que me alimente directo de sus garras».

—Ay, cariñito, él es un poco especial con su rato de soledad en las mañanas. Siempre ha sido así.

—Eso no me preocupa. —Le lanzo una mirada a Betty, porque sé algo que ella desconoce: el oficial Hayashi no es un cascarrabias.

Durante mi tercera mañana aquí, iba camino a Betty's cuando vi a lo lejos un pastor alemán —de hocico afilado y orejas puntiagudas— sentado en la parte trasera de una patrulla.

—¿Y a ti por qué te arrestaron, hermoso? —le pregunté por la ventana entreabierta. El perro me miró con orgullo e intentando mantener el estoicismo propio de su trabajo—. No puedes haber atacado ni agredido a nadie; se nota que eres demasiado dócil para eso. ¿Tráfico de drogas? No, no tienes el perfil. ¡Ajá! ¡Apuesto a que fue un robo! ¿Qué robaste? ¿Una pizza completa de la mesa? ¿El pastel de cumpleaños de un niño? Tienes cara de que te gustan las cosas dulces.

Al agitarse, su larga cola golpeaba el respaldo del asiento.

—Alitas de pollo con salsa picante —dijo una voz grave a mis espaldas—. Son la debilidad de esta niña.

Era perra. Me sentí tonta por haber asumido lo contrario. Y, por supuesto, batía la cola al ver a su compañero, un hombre de pelo blanco y uniforme policiaco azul marino. Cuando se acercó lo suficiente, leí el nombre en su placa plateada: «Hayashi».

—Pero no está bajo arresto. Al menos no todavía. —Le dio un sorbo a su café para llevar de Betty's.

—Sí, sé que está trabajando —dije—. Solo bromeaba con ella. No pude resistirme. Me fascinan los perros y ella es una auténtica joya. Se le nota a leguas.

—Sí, es buena chica. ¿Verdad, Babs?

—¿Babs? —pregunté, indignada. ¡Qué nombre para una perra policía! Siendo sinceros, todos los pastores alemanes machos reciben nombres fuertes como Rex o Maverick o Helmut.

—Bueno, en realidad es Kubaba.

Era aún más ridículo, pero intenté no reírme.

—Pues es un placer conocerte, Kubaba —le dije a la perra y volteé hacia su compañero con la mano extendida—. Yo soy Vivi, por cierto.

Él me tendió la mano.

—¿Eres una ciudadana que actúa conforme a la ley?

—Nunca he estado bajo arresto —sonreí, apenada por estar citando sus palabras—. Al menos no todavía.

Verán, la cosa fue así: después de eso, fui a casa y busqué el nombre de Kubaba. Ahora entiendo lo suficiente al oficial Hayashi como para saber que será amable conmigo.

## Quando nos encontramos

—Hola —digo al acercarme a su mesa. Él está mirando el crucigrama que ha estado llenando con tinta azul—. Soy Vivi. Nos conocimos hace unos días. Soy la que acusó a su unidad *k-nina* de estar bajo arresto.

El oficial levanta la mirada y me examina como si creyera que lo estoy timando de algún modo.

—Ya recuerdo.

—Kubaba —digo— fue la única reina de Sumeria por derecho propio. La única mujer en el linaje real sumerio.

En su cara se asoma una sonrisita.

—Veo que hiciste tu tarea, ¿eh?

En un mundo de pastores alemanes machos que han sido entrenados para romperles el cuello a los criminales, el oficial Hayashi nombró a su compañera imperial como lo que es: su semejante.

—¿Puedo sentarme con usted?

Él mira a su alrededor para intentar encontrar otro asiento vacío al cual mandarme. Yo solo sonrío con gracia mientras espero que ceda. A la larga, todos ceden. Su mirada vuelve a fijarse en mí.

—Supongo que puedes.

Hmpf. Tan mordaz y tan anticuado. Seguro espera que se lo vuelva a preguntar con más amabilidad: «¿Me permitiría sentarme con usted?». Pero, en vez de eso, me acomodo en el asiento frente al suyo y acomodo el bolso a mi lado.

Y el buen oficial no sabe qué hacer conmigo.

—¿Estás segura de que jamás te han arrestado? —pregunta—. Tienes el perfil de quien comete faltas a las convenciones sociales.

Apoyo una mano en mi pecho con gesto dramático.

—¿Qué? Sería incapaz.

Aprieto los labios para contener la sonrisa. Verán, aun si me descubrieran rayando un árbol, sé que en el fondo Hayashi es un abuelo con corazón de algodón. Cuando vuelve a concentrarse en su crucigrama, abro mi libreta de dibujo en la página en la que estuve trabajando anoche. Mi palabra inspiradora está garabateada en la parte de arriba, desde donde se burla de mí. Para representar *wabi-sabi* quise dibujar un vestido rosa sencillo con la bastilla deshilachada. Pero me enganché y ahora es una chica que está usando ramas de árbol de cerezo con pétalos rosáceos que se agitan como si ella estuviera girando.

Comienzo de nuevo en la página siguiente, pero cada tanto miro de reojo a mi compañero de mesa. Cuando Hayashi no sabe una respuesta, muerde la punta del bolígrafo y mira con desprecio el periódico, como si la página fuera a sentirse intimidada y a revelarle la palabra correcta.

—Hola, muñeca de sololoy —me dice Betty, mientras me sirve café en la taza. Bebo café por su sabor, claro está, porque la cafeína es lo último que necesito. La mayor parte de lo que hago en la vida lo hago por gusto y no por necesidad—. ¿Hoy tocan *waffles*?

La primera mañana que estuve aquí ordené el primer platillo de la carta —el omelet clásico—, así que decidí que probaría todo, pero en orden. Ya pasé por todas las variedades de omelet.

—¡Sí, por favor! Suena deliciosamente genial.

—Aquí tienes, Pete. —Asienta un plato frente al oficial.

Huevos fritos y tocino crujiente sobre panecillos tostados. Mmm. Todavía no llego a esa columna del menú.

—Y bueno —dice el oficial y levanta el tenedor—. ¿Por qué el peinado de Marilyn Monroe?

Toco las puntas de mis chinos.

—No es de Marilyn Monroe. Es algo muy mío.

Él está muy metido en su comida y no presta mucha atención.

—Bueno.

Ah, ¿en serio una chica no puede hacer algo solo porque sí? He subido un poco de peso en los últimos meses y las curvas son algo nuevo para mí. Así que pensé: «Pues bien, ¿qué mejor época que esta para teñirme el cabello rubio platinado y cortármelo a una longitud entre el lóbulo de las orejas y los hombros?». Enrosqué grandes mechones rubios en rizadoros de hule y embadurné todo el asunto con líquidos para permanente casero. Ni siquiera sé mucho sobre Marilyn Monroe, pero sé que esa mujer se traía algo entre manos con aquellos chinos cortos. Sentirlos rebotar en mi cabeza es divertido y liviano, como si siempre estuviera preparada por si las hadas del bosque me invitaran a bailar con ellas. Y luego supuse que, mientras mi cabello fuera a parecerse al de Marilyn, no estaría mal pintarme los labios y las uñas de rojo.

He leído que la coloración de los animales puede servir para mimetizarse, protegerse o advertir la presencia de un potencial depredador o pareja sexual. ¡Ja! Tal vez mi tinte platinado, mis labios rojos y mis

## Cuando nos encontramos

mejillas rosadas sirvan para todo lo anterior. O quizá es solo que me gusta el colorido.

Cuando llegan mis *waffles*, hago a un lado la libreta para hacer espacio, me sumerjo y *ichomp!* Es el paraíso de los carbohidratos: dorado, esponjoso y espolvoreado con azúcar glas.

El oficial Hayashi mira la página de mi libreta. Luego empapa un trozo de pan tostado en la yema de huevo que queda en su plato.

—*Wabi-sabi*. ¿Sabes qué significa?

—Como lo entiendo —respondo, intentando sonar inteligente—, es una palabra intraducible. *Wabi* puede significar «rústico», «austero» o «efímero». *Sabi* es como... «marchito». O «marchitarse». «Antiguo». En conjunto, supongo que es ver la belleza en la simplicidad y la naturaleza, en los momentos breves y hasta en el deterioro.

El oficial inclina la taza de café hacia su boca y la vacía.

—¿Dónde aprendiste eso?

—De mi amiga —¿Puedo seguir diciendo que Ruby es mi amiga? Su imagen invade mi cerebro, con su labial rosa intenso y su fleco oscuro, y estoy harta de extrañarla, de extrañar a toda su familia—. El verano pasado, su mamá montó un espectáculo multimedia en donde combinaba la estética japonesa con la que creció y la estética occidental que estudió en la universidad. Antes de que él pueda agregar algo, suspiro y señalo el largo vestido con ramas de cerezo. Estoy intentando traducir algunos de los conceptos al diseño de modas, pero no estoy segura de que pueda fusionarlos con mi propia estética. Me gusta la moda atrevida, creativa, así que tengo la sospecha de que, cuando por fin logre llegar a Japón, mi trabajo reflejará más la moda citadina. ¿Ha estado alguna vez en Japón?

—No, nunca. Pero... —titubea y saca efectivo de su cartera—. Siempre he querido ver el Kinkaku-ji.

—¿El Pabellón Dorado?

El oficial asiente.

—Mi madre hablaba de él con asombro.

—¿Por qué nunca ha ido entonces?

—Ya sabes. La vida. —Con esa respuesta, se pone una gorra de beisbol gastada y se levanta del gabinete sin decir otra palabra.

Yo tampoco tardo en irme, ya que hay una parada más en el camino de mi rutina matutina.

Verona Cove está al nivel del mar, así que si uno camina hacia el oeste sobre cualquier calle del pueblo, con el tiempo llega a los acantilados. Algunos descienden en línea recta hasta el mar, mientras que otros bajan hacia la costa. Creo que imaginé que la costa californiana estaría llena de sombrillas multicolor y de surfistas corriendo de cara a las olas. Pero es más tranquila; solo se escucha el susurro del agua y el gorjeo de las aves. Me paro en la orilla de la colina, mientras el rocío del mar flota en el otro extremo de una línea vertical que nos conecta, y aunque ya pasó una semana, sigue dejándome anonadada. El mundo natural hace que los mejores arquitectos, diseñadores y artistas parezcan unos novatos ridículos. Soy muy afortunada de ver con mis propios ojos los cielos azules panorámicos y las olas espumosas y la tierra escarpada bajo mis pies.

Anticipé la visita de unas cuantas aves que corren a toda prisa a mi alrededor, así que por eso me embolsé unas migajas del *waffle* del desayuno. Los pájaros dan picotazos a los trozos de pan en el suelo mientras yo busco en mi bolso el objeto que vine a desechar aquí. Tengo dos botes color naranja neón en el bolso, así que debo asegurarme de tomar el correcto.

Las pastillas son suaves al tacto. Presiono la yema del dedo contra una de ellas para deslizarla hacia fuera. Una vez que la tengo en la mano, tomo vuelo, porque ya aprendí que hay que ejercer mucha fuerza para compensar la ligereza de la diminuta pastilla. Lanzo el brazo hacia delante y abro la mano para liberar el proyectil.

La pastilla sale disparada más allá del acantilado e imagino el delicado *plink* que emite al tocar la superficie del agua. Tal vez un pez la vea flotando, abra su redonda boca fuera del agua para engullirla y, si ha estado pasando por un periodo difícil de su vida, ise sienta mejor! De nada, amiguito.

Le doy la espalda al océano Pacífico y me dirijo hacia la tienda de cerámica. No puedo imaginar un mejor trabajo de verano. No necesito usar uniforme y veo a la gente crear obras de arte, lo cual es casi voyerista, como echar un vistazo a su alma desnuda. Créanme: es mágico. Magia pura.



## Quando nos encontramos

En realidad, tuve suerte de conseguir ese empleo. Durante mi segundo día en Verona Cove, me senté en la banca que está justo afuera de la tienda con el fin de divertirme un rato cuando la abrieran. Para cuando apareció la dueña —una hora después del horario anunciado afuera—, me había acabado la punta del lápiz dibujando vestidos. Whitney, la dueña, tiene la energía más cálida y los chinos más hermosos que he visto jamás, miles de chinos bien definidos. No podía dejar de mirar su cabello y pensar que Dios mismo lo creó con unas pinzas para chinos del tamaño de un lápiz del número dos. Sus disculpas transitan entre explicaciones: que se desveló la noche anterior trabajando con sus propios proyectos de alfarería, que de nuevo no escuchó el despertador.

Pasamos la siguiente hora sentadas, yo pintando un tazón para mi mamá y Whitney organizando los esmaltes según los colores del arcoíris. No dejaba de disculparse, pero le dije que no se preocupara, que el sueño y yo somos apenas conocidos ocasionales. Whitney bromeó con que quizá yo podría cubrir el turno matutino en su tienda para que ella pudiera dormir un poco más. «De hecho», dije, «he querido conseguir trabajo». Ahí fue cuando dejó de reír y me preguntó si hablaba en serio, aunque no podría pagarme más del mínimo. Y, bueno, se imaginarán cuál fue mi respuesta, dado que heme aquí, rebuscando las llaves de la tienda en mi bolso.

Cuando giro sobre High Street, veo que la banca afuera de CreArte está ocupada. En ella están sentados una niña de tenis rosas y un chico de cabello oscuro, como de mi edad. Incluso a lo lejos se nota que su peinado no es una decisión de estilo, sino resultado de un corte de cabello que ha sido postergado de forma indefinida: medio despeinado y con chinos rudimentarios. Tiene un cabello genial; si yo tuviera el cabello así, jamás me lo cortarían, ni me lo teñirían, ni le cambiarían una sola cosa.

Mientras me acerco, ambos conversan, y la niña mece las piernas en el aire. El chico tendrá diecisiete o dieciocho —es demasiado joven para ser su papá—, pero casi podría parecer el papá de alguien. Tiene grandes ojeras bajo los ojos, así que quizá es eso. O tal vez son sus pantalones de vestir arrugados y su camiseta azul marino con bolsillo a la altura del corazón. No es un atuendo jovial ni aburrido; simplemente es práctico. Su apariencia dice a gritos que está demasiado ocupado para darse cuenta de lo atractivo que es.

—¡Buenos días! —digo. Ambos se me quedan viendo como si fuera una caricatura que acabara de cobrar vida.

—Hola. —El chico se levanta de manera abrupta y la niñita lo imita.

—¿Vienen a pintar?

—Sip —contesta el chico, y la niña agita la cabeza.

—Bueno, pues adelante. —Les señalo la puerta con una mano, mientras con la otra sigo buscando las llaves, y les lanzo mi sonrisa más encantadora para sacarlos de su mutismo. No me encanta el silencio; simplemente no va conmigo. Prefiero tener una conversación conmigo que arrastrarme por las trincheras del vacío incómodo. Dado que no estoy segura de qué más decir, mi mente se vuelca en las actividades de esta mañana y en mi compañero de desayuno.

—¿Son de por aquí o vienen de vacaciones? —Mantengo abierta la puerta para que entren.

El chico se aclara la garganta.

—Lugareños.

—Ah, genial. —La puerta se cierra a nuestras espaldas y yo dejo caer el bolso sobre el mostrador—. Por cierto, ¿saben si la policía de Verona Cove es muy estricta? O sea, ¿con los delincuentes primerizos, que quizá hayan creado una especie de, digamos, obra de arte no autorizada... en la flora local? Es para un amigo, claro está.